

¿SOMOS LOS ÚLTIMOS CRISTIANOS... PREMODERNOS?

*El n° 190 de la revista *Qüestions de vida cristiana* lleva como título *Els darrers cristians? (¿Los últimos cristianos?)*. En la editorial se afirma: "Se trata de una pregunta lo bastante importante -más lo es aún, por sus consecuencias, la respuesta- como para reflexionar sobre ella con serenidad y lucidez, abandonando posturas exageradas y apocalípticas que no conducen a nada. Importa una percepción tan real como sea posible de la situación en la que nos hallamos. Pero importa tanto o más despertar en nosotros, como cristianos, una fe y una confianza firme en Dios, Señor de la historia, y en la capacidad humanizadora, creadora de sentido y de futuro, del ser humano". justamente el autor del presente artículo se plantea la pregunta desde una perspectiva realista y esperanzadora a la vez. Para él, "hemos de tener el coraje suficiente para "retraducir" el cristianismo en nuestro mundo occidental, de forma que la fe llegue a ser de nuevo significativa en nuestra cultura y ésta contribuya, por su parte, a la configuración de nuestra fe cristiana".*

Som el darres cristians... premoderns? Qüestions de vida cristiana n° 190 (1998) 22-28.

¿Seremos realmente los últimos cristianos? En principio, no hay por qué aterrarse ante la pregunta. De hecho, se trata de una pregunta perenne. La humanidad, desgarrada entre el ansia de felicidad plena y una situación de mayor o menor infortunio, se ha planteado siempre este tipo de preguntas. Y muchas religiones hablan de decadencia, y afirman que vivimos en la última fase descendente de la historia. Lo verdaderamente alarmante hoy es que esta pregunta se refiera directamente al cristianismo. Para afrontarla, hay que estar muy alerta.

Partimos del supuesto de que la actual conciencia de crisis nace de un *cambio radical*: el que se produjo por la entrada de la Modernidad. Sólo tomando muy en serio ese cambio y, por tanto, transformando todo lo que haya que transformar, podemos afrontar la crisis y responder a la pregunta inicial. Sin que esto implique dejar de lado la vida y la experiencia cristiana, la transformación ha de realizarse en dos frentes: el del pensamiento y el de la institución, el de la teología y el del gobierno eclesial.

Rigor intelectual: repensar la fe

Roto con la entrada de la modernidad el antiguo paradigma cultural -objetivista, ahistórico, pre-secular-, el cristianismo *necesita retraducirse* en el nuevo marco. Retraducirse no es "venderse" a la moda ni "abdicar" del propio ser, sino ejercer el derecho y el deber fundamental de toda vida: conservarse transformándose en el tiempo y -para la humana- mediante la creación de una nueva historia. Agarrarse a las formas del pasado *parece* continuidad, pero es momificación.

Por esto se impone estar alerta con los viejos hábitos que se nos cuelan como *presupuestos* inconscientes, como creencias incontroladas, que arrastran un séquito de ideas que vician de raíz todo esfuerzo renovador.

En el artículo que abre el número de *Questions de vida cristiana*, J.M. Tillard aduce un texto hallado en las ruinas del ghetto judío de Varsovia en el que el judío Yossel Rackover, hundido en el horror de la persecución nazi, se dirige a Dios con estas palabras: "¡ Lo has hecho todo para que no crea en ti!"; "vivimos tiempos en que el Todopoderoso vuelve la espalda a los que le imploran". Tanto en el transcurso como al final de su lúcida reflexión, acepta y hace suyas Tillard las palabras del rabino: "Creeré siempre en ti, a pesar de ti".

Pues ¡no!

Respetemos los sentimientos que alientan en esta expresión. Admiremos el coraje subjetivo de esta fe. Pero reconozcamos que teo-*lógicamente* es un disparate y que religiosamente casi frisa en la blasfemia. Si esto fuese así, una persona honesta y sensata no podría creer. Un dios que "dé la espalda" y no se compadezca cuando todo el mundo se estremece de horror, no es creíble; un dios que "haga" tanto mal ("lo has hecho todo para que no crea en ti") y que, pudiendo, no lo evite no merece ser adorado.

No hay nada tan peligroso como un discurso *edificante* fuera de lugar. Ahorrándose el trabajo de pensar, se refugia en el sentimiento. Se apela a frases teológicas que parecen bonitas y que incluso, en otro tiempo, acaso habían tenido sentido, pero que hoy, para una conciencia que ha salido sin retorno del contexto de cristiandad, resultan recursos suicidas y semillas de ateísmo.

He aludido al problema del mal, que, en el contexto moderno, se ha agudizado hasta el punto de convertirse en "roca del ateísmo". Pese a esto, en vez de cambiar de planteamiento, se continúa interpretándolo con las categorías de una cosmovisión sagrada y "mitológica", en la que lo divino, abarcándolo todo, interfería en las leyes del cosmos y en las dinámicas de la libertad. Si podían entonces asimilar religiosamente el escándalo de *aquel dios* que mandaba o permitía el mal, era porque la cultura del tiempo ni cuestionaba la realidad de lo Divino ni había colocado en su centro la afirmación de la autonomía de lo creado. Apelar hoy al "misterio" para encubrir la contradicción de un "dios" que, siendo posible, no quiere o no puede eliminar el mal es esconder la cabeza bajo el ala y dar, de antemano, la razón a un alegato ateo.

Sólo con una transformación de las categorías, que tome en serio la cosmovisión secular, que en este punto es irreversible, resulta posible afrontar el problema. Un Dios que mira con infinito respeto la autonomía de sus criaturas y que las reafirma con un amor incondicional no " da la espalda" al dolor ni cae en la monstruosidad de mandarlo, "haciéndolo todo para que no creamos", sino que, por el contrario, lucha contra él a nuestro lado y nos sostiene con la esperanza de que acabará vencéndolo y rescatando todas las víctimas. Por lo demás, esto es lo que se desprende de una lectura actualizada - no fundamentalista- de la cruz y resurrección de Jesús. En él se anuncia el rescate de todas las víctimas.

Éste es un problema de los tantos, no sólo secundarios sino fundamentales, que afectan a la revelación, la cristología, los "novísimos", la plegaria, etc. Basta pensar en la revelación como "dictado", en el infierno como "castigo" eterno, en la plegaria como petición a uno que no acaba de escuchar.

O las verdades que palpitan ahí, en el fondo, las pensamos y expresamos de forma que sean *inteligibles y vivenciables* en la nueva situación cultural o irán a parar irremisiblemente al cajón de los recuerdos.

Coraje para el cambio: renovar la institución

No se trata sólo de ideas. Una religión incluye toda la vida y cristaliza en *instituciones* que, a su vez, se configuran con los recursos que ofrece la cultura de cada tiempo. A lo largo de una historia bimilenaria, en el cristianismo como institución han dejado su huella la herencia religiosa judía, la mentalidad política helenísticoromana, el estilo feudal del medioevo y el influjo absolutista del Antiguo Régimen. Esto era inevitable, pero requiere ser revisado.

En realidad, se trata del mismo problema de fondo. Pero aquí se aplica a la secularización del poder. La afirmación de Pablo "toda autoridad viene de Dios" (Rm 13,1), que directamente se refiere a las autoridades civiles, logró "secularizarse" para el poder político: viene de Dios, pero a través del pueblo. Pero no lo consiguió para el poder religioso, a pesar de que Jesús había advertido a los suyos: "No será así entre vosotros; antes bien, quien quiera entre vosotros ser importante que se haga vuestro servidor" (Mc 10,43). También aquí cabe mantener que la autoridad en la Iglesia viene de Dios, pero a través de la comunidad. Esta es justamente la concepción eclesiológica del Vaticano II: la comunidad - agraciada por Dios- está en la base de todo. Las otras instancias se conciben como funciones en el interior de la comunidad.

Que el cambio no acabe de realizarse convierte a la Iglesia en una institución anacrónica, "increíble" hacia fuera, "problemática" hacia dentro. Hacia fuera: porque en un mundo cambiante, trabajado por una cultura de la innovación, una Iglesia no democratizada resulta incapaz de renovarse a fondo y, por tanto, de actualizar un mensaje que sólo vale si aparece como manifestación del Dios vivo. Hacia dentro: porque impide la expansión normal de la vida eclesial. Dos ejemplos:

1. *La demonización de la crítica.* En un sistema teocráticamente autoritario, el elemento profético -por consiguiente, crítico- de toda religión, aparece como desobediencia o como ataque. El auténtico compromiso, que no es ni repetición muerta del pasado ni mera sumisión al poder constituido -pensemos en Jesús de Nazaret- se interpreta como rebelión o como amenaza. Con una consecuencia agravante: la crítica silenciada dentro emigra hacia fuera, donde se convierte en crítica despiadada contra la fe.

2. *Monotonización.* La vida de una Iglesia sometida a una "hipoteca jerárquica", que se arroga todas las funciones, se empobrece. En el siglo XIX Newmann dijo que "una Iglesia sin seglares parecería tonta". Más lo parecería todavía, si continuase manteniéndose sin mujeres que tengan un pleno reconocimiento y sin teólogos que se expresen libremente, ejerciendo así su función insustituible de hacer avanzar el *intellectus fidei*: la comprensión abierta y actualizada de la experiencia creyente.

Si a esto añadimos que los cargos jerárquicos no son electivos y resultan casi vitalicios (en el caso del Papa sin el casi), tiene uno la impresión de que la barca de Pedro se ha convertido en una barcaza que apenas puede moverse por el río de la historia. De ahí

que determinadas manifestaciones oficiales desconcierten. Da toda la impresión de que proceden de un sitio en el que se ha perdido el contacto efectivo e inmediato con la vida real.

Por duras que parezcan estas expresiones, se hacen desde la incómoda responsabilidad de quien no quiere dejar de hacer su aportación a la misión común. Pero ni pretenden convertirse en juicios de intenciones *subjetivas* ni implican que en el gobierno eclesial todo funcione así. Se trata de dinamismos *objetivos* que funcionan estructuralmente y acaban marcando un estilo.

A pesar de todo, la esperanza

Gracias a Dios, esto no es todo. Ciertamente que la situación actual muestra el fracaso de la reacción que, de modo global, ha prevalecido: frente a la crisis, vuelta al pasado; encerrarse en el redil y cuidar allí el "pequeño rebaño". Pero la Iglesia es mucho más. Hay en ella un rico pluralismo de vida y de iniciativas. Incluso la crisis tiene efectos positivos. Uno: se va imponiendo en la conciencia general la auténtica *diferencia teológica*. Sólo Dios es Dios. Todo lo demás, incluida la Iglesia, es signo que remite a él. Aunque todo tenga su función irrenunciable, ni la Iglesia es el Reino ni la jerarquía es la Iglesia.

Nada de esperanzas abstractas de un sobrenaturalismo fácil: ¡Dios ya lo arreglará! ¡Él no puede dejar que la Iglesia fracase! En esto el NT es más arriesgado. Lucas se atreve a formular la pregunta radical: "Cuando llegue el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra? (Lc 18,8). Pero sí es posible la esperanza activa y confiada e incluso el realismo histórico.

De hecho, *históricamente* no estamos ante un caso único. Es difícil calibrar si ha existido antes una crisis de mayor gravedad objetiva. De lo que no podemos dudar es de que muchas veces se ha tenido una *sensación* parecida. No es la primera vez que se pronostica el fin del cristianismo. El Vaticano II muestra hasta qué punto la Iglesia conserva la capacidad de reacción en situaciones que parecían hacerla improbable.

Y sobre todo continúan y continuarán siempre manando los dos manantiales perennes de la experiencia religiosa. Como muy bien dice Tillard, *antropológicamente* "siempre habrá corazones humanos en busca de sentido", abiertos a la gran pregunta kantiana: ¿qué cabe esperar? Y, por encima de todo, *teológicamente* "sabemos" que Dios está siempre presente, llamando "con las mil voces de su amor", haciéndose sentir en la hondura del ser y atrayendo siempre hacia él el corazón de la humanidad.

En la medida en que nuestra experiencia *religiosa* ha logrado descubrir que esta Presencia es la realidad que nos sostiene, posee la convicción de que continuará manifestándose en la historia, suscitando nuevas formas de religión y promoviendo la renovación y el diálogo entre las que existen. Y en la medida en que nuestra experiencia *cristiana* haga suya la vivencia de que en Jesús de Nazaret se nos ha manifestado una articulación de esta Presencia que llena hasta rebosar nuestras expectativas, estaremos seguros de que no dejará de echar nuevos brotes en la comunidad, quebrando rutinas, promoviendo novedad, abriéndose paso hacia un universalismo siempre renovado.

Sucedió al principio y no hay razón para que no suceda ahora. Una esperanza realista no se tomará esto como una almohada para reposar perezosamente. Pero sí que tenemos todo el derecho de apoyarnos en estas convicciones para confiar en el futuro. Un futuro que ha aprendido humildad del pasado y que no podrá ser exclusivista, sino que se considerará incluido en el diálogo con las otras búsquedas -con las otras religiones- sabiendo que acoger sus aportaciones, sus críticas y sus retos no aparta de la propia identidad, sino que la enriquece, como ella misma enriquece a los otros.

Desde la humilde experiencia de la propia fe y el honesto reconocimiento de los errores de la propia Iglesia, también el cristiano de hoy puede exclamar confiado: "¡Creeré siempre en ti!". pero sin caer en la peligrosa retórica del "a pesar de ti", sino proclamando nuevamente la humanísima y realista seguridad: "Gracias a ti, espero creer siempre en ti".

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA